

Discurso del Presidente de la República en Dicta Clase Magistral en la Universidad de la República

CLASE MAGISTRAL DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, RICARDO LAGOS, EN UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA REPÚBLICA

MONTEVIDEO, 3 de noviembre de 2000

Identidad, democracia y nueva economía

Señor Rector de la Universidad de la República,
autoridades académicas,
alumnas y alumnos:

Quiero agradecer la invitación a participar en esta ceremonia. Es para mí un honor estar presente en esta casa de estudios, que, como dice el rector, el más importante centro de investigación, de pensamiento, de intelectualidad de Uruguay.

No puedo dejar de pensar en la similitud entre esta casa de estudios y la Universidad de Chile, en la que me formé, de la que fui profesor, de la que fui su secretario general durante un período de tiempo. Me siento parte de la comunidad académica, y a lo mejor si la historia hubiere sido distinta seguiría formando parte de la comunidad académica en Chile. Participé allí hasta 1973.

Y también, por cierto, es un honor visitar un país que, como el vuestro, ha forjado un rasgo tan importante de su identidad en torno a la obra de narradores y poetas. Desde Horacio Quiroga a Felisberto Hernández, desde Juana de Ibarbourou, tan amiga y tan cercana de nuestra Gabriela Mistral, hasta Mario Benedetti, Juan Carlos Onetti, Eduardo Galeano, Cristina Peri Rossi y tantos otros que han trazado en el territorio de ficción los sueños y realidades del territorio real. Y también, por qué no decir aquí, un Alfredo Zitarrosa o un Daniel Viglietti, cantautores o poetas cantautores que contribuyeron a alimentar sueños de justicia y de libertad en nuestro continente.

Este patrimonio cultural, ese amor y cuidado a la palabra escrita se ha desarrollado en un país pequeño, situado en el vértice del encuentro entre dos gigantes vecinos, lo que le da un cierto carácter insular a este país. Cosa parecida, si bien más debida a la geografía física que a la geografía política, ocurre en mi país, encerrado entre cordillera y mar, entre desierto y mares australes.

Y allí también entonces ha florecido la palabra como una seña de identidad. Allí están nuestros poetas, los Huidobro, los Neruda, la Mistral, Nicanor Parra; allí están los novelistas, Manuel Rojas, José Donoso, Jorge Edwards, Roberto Bolaño; y también, por qué no, Violeta Parra, la gran cantautora que trascendió nuestras fronteras.

¿Por qué hacer estas referencias cuando se me ha invitado a conversar sobre otros temas, sobre nueva economía y los cambios que se han generado? Es que me parece que es muy difícil abordar los cambios tan impresionantes que han tenido lugar en los últimos tiempos, si no lo hacemos a partir de lo que somos, de nuestra identidad, desde nuestra historia, desde nuestras raíces.

Si queremos aproximarnos a abordar bien los cambios que van a definir el siglo en el

cual vamos a vivir y construir, sólo lo podremos hacer a partir de afincar de una manera firme nuestra propia identidad cultural de lo que hemos sido, lo que somos y lo que queremos seguir siendo.

Vamos a cumplir dentro de poco dos siglos como naciones independientes. Vemos alrededor de nosotros, en la arquitectura de la ciudad, en la tradición acumulada en las bibliotecas y aulas de esta Universidad, en nuestra manera de hablar, en el lenguaje mudo de los gestos, en tantos otros signos, las manifestaciones de cómo esta identidad se ha decantado y plasmado en una cierta manera de ser, en lo que nos diferencia como pertenecientes a una u otra cultura nacional. Allí está nuestra riqueza, en el patrimonio cultural que hemos acumulado por generaciones, en las instituciones que como esta universidad hemos formado y perfeccionado para ordenar la convivencia cívica en el espacio social y educativo que hace posible acrecentar la cultura.

Permítanme entonces destacar, dentro de aquello que forma nuestra identidad y que es un rasgo común para uruguayos y chilenos: nuestra común vocación democrática. Ha sido largo el trayecto desde los albores de la independencia hasta nuestros días; ha sido esta tradición la que nos permitió asentarnos, primero, como sociedad, como una democracia con poderes claros y nítidos. Ha sido largo el trayecto hasta nuestros días, pero al mismo tiempo, junto con esos uruguayos y chilenos hemos desarrollado un sistema institucional que busca proteger los derechos, ampliar la participación ciudadana y, por qué no decirlo, como recordaba el rector, hemos también compartido momentos difíciles, donde esta convivencia ha tendido a perderse.

Pero hoy estamos aquí para mirar el siglo XXI, con sus cambios y mutaciones, y quisiera comenzar la primera de ellas, que nos obliga a repensar cómo nos insertamos en el mundo, que por primera vez en 350 años vivimos en un mundo en donde el bloque o los equilibrios de naciones dan lugar a una situación diferente.

Desde la paz de Westfalia, allá por el 1640, en Europa, los países han estado acostumbrados a vivir en las relaciones internacionales a través del equilibrio de las grandes potencias. Así ha sido en los últimos 350 años. Cuando nacemos a la vida independiente la forma de insertarnos en el mundo es la forma de cómo estos países observan el equilibrio que hay entre distintas grandes potencias. En cierto modo, alguien podría decir que la guerra fría es la última de las experiencias en materia de equilibrio de poderes.

Es distinto como se hace política internacional, cuando en este planeta nuestro hay equilibrios del punto de vista político, militar y económico. Y digámoslo, en los últimos años hay equilibrios en el ámbito económico, está ese gran bloque de América del Norte, está Europa, está el Asia, no existen equilibrios del punto de vista político y militar. Esto ha ocurrido en los últimos 10 años. La forma de entender las relaciones internacionales y cómo nos insertamos, nos plantea un desafío desconocido desde que somos independientes, desde nuestra política internacional que hemos definido en los últimos 200 años. Es un hecho nuevo, está ahí, para tomarlo y entender que este primer cambio nos obliga a insertarnos en el mundo de una manera distinta.

Y por qué esto nos obliga a insertarnos en el mundo de una manera distinta, es que nos plantea entonces desafíos del punto de vista de cómo definimos la inserción en nuestras relaciones internacionales y cómo somos capaces, entonces, de plasmarnos de una

manera diferente de como lo hemos hecho hasta ahora.

Esto es nuevo, no tenemos experiencia de cómo insertarnos, y aquí sí hay, señor rector, un amplio campo del debate de nuestros académicos y de nuestros intelectuales, de repensar la forma de entender relaciones internacionales en un mundo que cambió por mucho tiempo. Y que por haber cambiado ante nuestros ojos a veces no lo percibimos con la fuerza que esto va a tener a futuro.

Lo segundo, por cierto, el segundo gran cambio, es aquel otro que tiene que ver con haber pasado tan rápidamente a esto que han denominado "la sociedad de la información", porque ahora tenemos que desarrollar un proyecto democrático participativo, a partir de nuestra identidad, como hemos dicho, pero cómo lo hacemos en un mundo diferente en el ámbito internacional, por ese primer gran cambio y, segundo, porque en el ámbito de la sociedad de la información nos plantea un desafío inédito.

Los números no son favorables, como muchas veces, América Latina y el Caribe tienen el 8% de la población mundial, pero sólo el 3,5% de los usuarios de la red Internet, y menos del 1% del comercio electrónico mundial. Sin embargo, entre 1995 y 1999 el número de usuarios en la región se multiplicó 14 veces, y en 1999 las computadoras huéspedes de Internet aumentaron más rápido que en cualquier otra región del mundo, aquí en América Latina. Este es el segundo gran cambio. Son cambios alentadores, pero es mucho aún lo que hay que avanzar.

Veán ustedes lo que podemos concluir de un informe reciente de Cepal sobre tecnologías de información. Nos plantea un escenario optimista, y otro no tanto. En el optimista nos dice que el mayor acceso a tecnologías de información conducirá a sociedades y relaciones abiertas y democráticas. La aplicación de estas tecnologías a la medicina y al aprendizaje a distancia, y la creación de bibliotecas digitales, puede incidir en mejores niveles de salud, educación, capacitación en los países en desarrollo. Los servicios de red pueden contribuir a la transparencia en las decisiones y acciones de las instituciones del Estado y del mercado.

Una sola cifra: hace 15 años transmitir desde Nueva York a California la Enciclopedia Británica, tenía un costo de 300 dólares. Hoy día, transmitir desde Nueva York a California las varias decenas de millones de libros que guarda la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, tiene un costo de 40 dólares. Esa es la magnitud del cambio. Y esa es la magnitud que nos plantea como desafío a futuro, cómo aprovechamos ese tremendo cambio en el acceso a la información, que por cierto los que tenemos algunas canas o algo menos de pelo difícilmente concebimos 40 años atrás.

En el escenario pesimista, las nuevas tendencias tecnológicas tenderían a reafirmar la dinámica de una concentración social y territorial, mientras una mayoría quedaría excluida o tendría acceso limitado, con escasas oportunidades del progreso y bienestar social. Digámoslo con claridad, muchos hablan hoy de la brecha digital entre países industrializados y países en desarrollo, que sería más amplia que la brecha que nos separa en términos de otros indicadores de productividad o de bienestar socioeconómico. Y también, por cierto, esta brecha digital se puede producir y se produce de hecho al interior de nuestros países.

Vemos entonces que la integración a la nueva economía, por la vía de la incorporación de tecnologías de información, tiene un tremendo potencial democrático: mejor salud, mejor educación, mayor transparencia, más ciudadanos informados y con capacidad crítica. Al mismo tiempo, menor incorporación a los mercados externos, más flexibilidad a los productos, mayor facilidad de acceso a otros productos.

Aquí, entonces, es que de nosotros dependerá si este acceso a las nuevas tecnologías lo haremos de una manera que genere o no oportunidades para todos, en todos los niveles, o quedará reducido a determinados sectores de la sociedad.

Es aquí, entonces, donde como en otras ocasiones me parece tan esencial el que sean las políticas públicas las que van a hacer la diferencia. Dejar simplemente librado esto a las fuerzas del mercado, es garantizar que la brecha digital se ahondará. Si generamos políticas públicas que generen y establezcan las posibilidades de acceso, tendremos una realidad diferente.

Digámoslo de una vez y con claridad: el origen está en el sistema educativo y en la forma en que a través del sistema educativo estamos en condiciones de generar una discriminación positiva hacia aquellos que tienen menores posibilidades de acceso para poder garantizar igualdad de oportunidades.

En otras palabras, frente al tema de la tecnología de la información y la capacidad que tengamos como sociedad de colocar esta tecnología al servicio de lo que nosotros deseamos para una sociedad más democrática, más integrada y mejor, esto nos obliga a políticas públicas claras, discriminatorias, respecto de aquellos que tienen mayores dificultades en el acceso.

La igualdad de oportunidades, en definitiva, significa dar más recursos donde hay más carencias, y en el ámbito de la tecnología de información es mucho más fundamental.

Esa es la razón por la cual hemos comenzado nuestro Gobierno a establecer centros informáticos en este ámbito, a nivel no sólo de las escuelas o de las universidades, a establecer posibilidades de acceso mediante programas de políticas públicas a la población, pequeña y mediana empresa, si queremos que compitan en igualdad de posibilidades con la gran empresa, sino también, de una manera fundamental y esencial, en telecentros o infocentros de tecnologías modernas con acceso directo a Internet en cada una de las poblaciones y barrios, mientras más marginales, con mayor capacidad de acceso.

Y quisiera señalar que cada vez que lo hemos hecho, se produce un cambio, una impronta distinta, particularmente de los jóvenes, que son los primeros que acceden a estas nuevas tecnologías.

Lo que aquí tenemos, me parece entonces, es la necesidad de tomar este elemento nuevo que tenemos entre nosotros y comprender que si no aseguramos el acceso generalizado, vamos a tener una sociedad con exclusión del punto de vista de la información y el conocimiento que va a ser mucho más grave que las sociedades que tienen todavía grados crecientes de exclusión social del punto de vista de la distribución de nuestro ingreso por persona.

Creo que aquí estamos en medio de una profunda transformación, en donde todavía no es muy difícil percibir la magnitud del cambio en que nos encontramos. A ratos a lo mejor uno podría pensar, como lo he dicho en más de una ocasión, que estamos en el proceso cuando Gutember inventó la imprenta, y nos cuesta mucho concebir qué es lo que aquello iba a significar a futuro. Es cierto, pensamos simplemente que el invento de la imprenta significaba la posibilidad que los escriba de la edad media dejarían de serlo porque el libro lo podríamos reproducir de una manera distinta.

Pasaron más de 200 años para que alguien descubriera que era posible no solamente tener un libro, sino editar las noticias cotidianas y tener un periódico. Porque hubo un periódico fue posible percibir que era posible tener un sistema distinto de gobierno que se llamó democracia, porque sólo a partir de una información cotidiana del ciudadano, podíamos pensar que el ciudadano podía participar, votar, elegir, ser elegido y hacerlo de una manera informada.

Si hubiéremos pensado que desde Gutember hubo de pasar más de 200 años hasta que apareció un diario, y para que este medio de comunicación fuera suficientemente generalizado como para poder producir cambios tan radicales como de un gobierno absolutista de la época de los Reyes, a percibir, a partir de los enciclopedistas franceses, un gobierno democrático.

En otras palabras, en esta sociedad de la información que está allí y que va a llegar, en qué medida o en qué forma podemos nosotros acceder a pensar en una forma de participación, de creatividad, de tecnología, de acceso, no solamente en el ámbito de las ciencias y la cultura, sino en el ámbito de nuestro propio acceso en la convivencia cotidiana que tenemos.

Y esto me lleva, señor rector, a un tercer elemento que quisiera brevemente mencionar, y al cual usted también se refirió en su presentación, y tiene que ver al sentido y al rol que en esta sociedad tienen los sistemas universitarios y la capacidad que tenemos de generar ciencia e investigación en nuestros países.

En esta visita, el tema de integración y Mercosur ha estado presente permanentemente, pero no quisiera dejar pasar la oportunidad para señalar que aquí en esta universidad me parece el lugar adecuado para plantear que nuestros países, así como quieren participar de la tecnología y la información, están obligados a plantearse también una forma de crear y acceder a ciencia y tecnología de una manera distinta de como hasta ahora la hemos percibido.

Hemos tenido un avance en nuestros sistemas universitarios, pero nuestros sistemas universitarios tienen que ser capaces de pasar de la educación de tercer grado a la de cuarto grado, a la educación de post grado.

Difícilmente nuestros países de América Latina van a poder seguir generando las condiciones si no estamos en condiciones de poder también tener nuestros propios sistemas de post grado. Es difícil a lo mejor plantearlo en cada una de nuestras universidades aisladamente, pero probablemente un mercado común del punto de vista de instituciones de post grado en nuestra región, que se hace a partir de nuestra impronta de nuestros propios sistemas universitarios, en donde podemos tener la masa crítica indispensable para generar post grados en distintos ámbitos, de acuerdo a lo que son las

capacidades de nuestras distintas universidades, nos puede generar un acceso distinto al mundo de la información y un acceso distinto también, por qué no decirlo, a la forma como del punto de vista de ciencia y tecnología nos incorporamos al mundo.

Aquí, ese embrión que usted definía a partir de lo que se hizo originalmente en Montevideo con un grupo de universidades públicas, creo que es un embrión que tenemos que ser capaces del punto de vista de las políticas públicas y de los gobernantes dar un impulso fundamental.

En último término, se está en este mundo de hoy, del siglo XXI, no sólo discutiendo aranceles y comercio, es más que eso. En último término, es la ciencia y la tecnología lo que nos permite aprovechar el tremendo avance que tenemos en el ámbito tecnológico.

Y si he llegado hasta acá, señor rector, como Presidente de mi país en una visita de Estado, y agradecer esta invitación, es porque me parece que en el mundo de hoy si no somos capaces de avanzar en este ámbito tendremos países truncos. Si no somos capaces de avanzar también en ciencia y tecnología tendremos sociedades incompletas, y la rapidez en la generación del conocimiento hace que cada vez sea más complejo y difícil mantenernos al día si no generamos nuestras propias redes de información entre nosotros.

Me correspondió estar hace poco en Argentina y en Brasil, y allí planteé tanto en la Universidad de Buenos Aires, como en la Universidad de Sao Paulo, lo que hoy planteo ante ustedes. Y me gustaría, en consecuencia, que nos planteáramos a través de entidades como Mercosur, la posibilidad de generar también allí una red de redes del punto de vista de ciencia, tecnología, imaginación, creatividad, poner manos a la obra sobre cuáles son los ámbitos de post grado que podemos tener y potenciarnos unos a otros. No vamos a reproducir en cada una de nuestras universidades toda la amplia gama de post grado que hoy existen a partir del tremendo desarrollo científico, pero podemos encontrar nichos de especialidad y nuestros estudiantes de post grado van a la universidad vecina a adquirir el conocimiento que requerimos en nuestro hábitat, en nuestro entorno, en nuestra realidad geográfica. Ello es posible.

Cada una de nuestras universidades tiene avances en determinados ámbitos o áreas, hagamos un levantamiento, veamos en cuáles tenemos que poner el acento y estaremos en condiciones de poder avanzar. Es la única forma, me parece, de poder comprender que los desafíos que tenemos no son sólo cómo sabemos crecer y crecer medido de un punto de vista económico, que por cierto es muy importante. Crecer significa cómo generamos los espacios para la cultura, cómo generamos los espacios para la ciencia y la imaginación, y ello implica entonces afincarnos en las instituciones a partir de las cuales estamos en condiciones de seguir avanzando.

Aquí, en esta prestigiosa universidad, ustedes han contribuido a dar el cariz, el prisma, la identidad, en buena medida de lo que es Uruguay. Y lo es a partir de creación, de ciencia, de verbo, de escritos, de prosa, de intelectualidad. Para seguir siendo en un mundo más global tenemos que ser capaces de establecer una red también en ese ámbito, y potenciarnos unos a los otros a partir de nuestras raíces y de nuestra identidad.

Y esa es la razón por la cual al llegar con una delegación representativa de la sociedad chilena en una visita de Estado, en que me acompañan los Poderes Legislativo y

Judicial, en que me acompañan empresarios y trabajadores, en donde me acompañan profesores universitarios y hombres de ciencia, he querido aquí decir que la integración no puede ser sólo una visión económica de las tareas que tenemos.

Y los problemas que ustedes aquí tienen, y que puedo ver en estos carteles, son los problemas de cada una de nuestras sociedades, porque en definitiva cuánto de los recursos de todos se destinan a educación, pasa a ser un debate crucial en cada una de nuestras sociedades. Es un debate permanente, es un debate que viene de muy antiguo, porque siempre toda sociedad busca una institución que la piense a sí misma. Y desde el Medioevo esa institución ha sido en nuestras sociedades históricamente la universidad.

Cuánto de nuestro país, de nuestro crecimiento, de nuestra economía, queremos destinar para tener una institución que piense nuestra sociedad. O cuánto, ahora, si hago realidad lo que he dicho, queremos destinar a pensar colectivamente este pedazo de región latinoamericana desde nuestras políticas públicas.

Sé que no es fácil, porque hay distintas necesidades, pero lo que sí creo que es esencial es comprender que si no somos capaces de generar espacios para ciencia y tecnología, tendremos sociedades truncas. No es cuestión de andar comprando tecnología allá donde se desarrolla, porque hasta para comprar tecnología tenemos que crearla para saber qué estamos comprando.

Y en ese sentido, yo diría, entonces, y concluyo señor rector, indicando mi convicción que si podemos trabajar mancomunadamente en este ámbito, estaremos en condiciones de dar una mejor respuesta. Que por cierto ayudará al crecimiento de nuestros países, pero será un crecimiento más completo, en donde tendremos la posibilidad de expresarnos como país, porque queremos también en este mundo global del conocimiento y de la red de redes, a partir de lo que hemos construido a lo largo de nuestra historia.

Porque queremos mantener nuestras raíces afincadas en lo que somos, en lo que hemos construido para afincarnos en este nuevo mundo, tenemos que tener también una necesaria integración entre nosotros. Si no lo hacemos, será muy difícil subsistir en este mundo global manteniendo las raíces de nuestra cultura de la cual estamos orgullosos.

Por eso aquí, en esta Universidad de la República digo: para seguir siendo lo que hemos, sido trabajemos conjuntamente y soñemos en común. Muchas gracias.